

27 de abril de 2004 / 3 de junio de 2004

Ética y responsabilidad pública parlamentarias Un código de conducta para parlamentarios

Hon. Diputado Ross Robertson

Miembro del Parlamento por Manukau Eeast
Presidente Adjunto de la Cámara de Representantes de Nueva Zelandia

presentado ante

Acción Mundial de Parlamentarios
Polonia / Washington

“Rechazo la opinión cínica de que la política sea, de manera inevitable e incluso general, un asunto sucio”

Richard Nixon (1973)

“La mayor parte de las leyes son producto de componendas, sobornos y presión. Por eso Bismarck las comparaba a las salchichas: es mejor no ver cómo se las hace”.

The Economist, 22 de febrero de 2003

Hay una crisis universal de apego y participación en las instituciones democráticas. Me baso en 16 años de experiencia como representante electo, 10 años de trabajo con Acción Mundial de Parlamentarios, mi experiencia como Presidente Adjunto de la Cámara y mi divulgación de un código de conducta para defender la premisa de que Bismarck estaba equivocado. La comunidad debe participar en el debate y difusión de los valores de mayor importancia. Examino aquí los criterios, fundamentos y viabilidad de un código de conducta como parte de un programa para restaurar la confianza entre los gobernantes y los gobernados. Los códigos de conducta no son más que el inicio del diálogo permanente entre todos nosotros y con nuestras comunidades encaminado a mejorar nuestra calidad de vida.

Es un privilegio presentar este documento en momentos en que estudiamos vías para reparar la brecha que divide a los gobernantes de los gobernados en las democracias de todo el mundo. La desconfianza y el descreimiento en la democracia se han extendido y son adictivas. Conducen a círculos viciosos de cinismo que se traduce en la situación mundial de escasa participación de votantes en las elecciones, baja participación en los procesos políticos y bajos índices de aprobación pública para los políticos.

El gran valor de este encuentro es poder compartir las interrogantes que hemos planteado y enriquecer nuestra comprensión de la naturaleza humana. ¿Nos identificamos con el concepto de naturaleza humana de Maquiavelo o con el de Mahatma Gandhi? ¿Nos sumamos a la tergiversación de los principios preconizados por Adam Smith a la hora de planear nuestras economías, esto es, optamos por “el egoísmo y la escasez” o, más realistamente, optamos por “la comunidad y la abundancia”? ¿Cuál es nuestra filosofía de liderazgo? Las respuestas que demos a cada una de esas preguntas nos darán perspectivas muy diferentes sobre el camino a seguir.

¿Qué estamos haciendo para comunicar nuestra visión y nuestros valores a nuestros electores? ¿Qué relación tenemos con los medios de comunicación? En muchos casos, los medios de comunicación comparten el desafecto que la opinión pública siente por nosotros y venden la mayor parte de sus espacios publicitarios atacándonos. Debemos superar el déficit democrático, pues hoy estamos ante la posibilidad de que las democracias se derrumben porque no mantenemos una relación sincera ni con nuestros electores ni con nuestros ecosistemas.

Honestidad significa estar en armonía con nosotros mismos en tanto individuos y saber que tenemos integridad. El modelo de integridad del individuo que utilizo es el concepto maorí *whare*, que significa “casa”. La arquitectura que sostiene la vida combina aspectos de orden espiritual (servicio), emocional (valentía), intelectual (comunicación) y físico (realidad).

Honestidad es estar en armonía con nosotros mismos y mantener la integridad de nuestras familias y comunidades – lo cual se traduce literalmente en “juntos para servir”; significa estar en armonía con otras agrupaciones étnicas, tal como nos dice el siguiente pensamiento en sánscrito antiguo: “Caminad juntos, hablad unos con otros, oh pueblos del mundo, porque sólo entonces viviréis en paz”.

Asimismo, armoniza con la palabra tallada sobre el mazo del Parlamento de Escocia: integridad. Hoy nos unimos en nuestra determinación de reforzar la integridad de la relación que existe entre los parlamentarios y la población.

Los filósofos de todos los tiempos dicen que no vemos el mundo tal como es, sino a través de lo que somos. Los antiguos tibetanos dicen que, cuando apuntamos con un dedo acusador a alguien, estamos apuntando tres contra nosotros mismos. Esto nos lleva a reflexionar sobre los cuatro pilares para desarrollar la capacidad de liderazgo: concóctete a ti mismo, conoce los tiempos en que vives, conoce a tu equipo (comunidad) e

identifica las tareas dignas de grandeza. Cuando comprendemos bien estos elementos, aumentan los resultados positivos que obtenemos.

Nueva Zelanda ha estado a la vanguardia de numerosos experimentos de democracia parlamentaria: un documento fundador que establece los derechos y responsabilidades de las comunidades de colonos e indígenas; un sistema de parques nacionales; un Estado benefactor; concesión del derecho de voto a la mujer; reformas laborales y fundación de las Naciones Unidas. Asimismo, somos innovadores en materia de indicadores de rendimiento social para el control de la eficacia de políticas. La rápida liberalización de los fundamentos de nuestra economía nos ha llevado de un régimen altamente proteccionista en 1984 a una de las economías más liberales y abiertas desde 1987.

Uno de mis antiguos colegas parlamentarios, Mike Moore, prestó sus servicios en el frente más destacado para asegurar la libertad y equidad en el comercio internacional, en calidad de Director General de la Organización Mundial del Comercio. Otro colega neozelandés, Don McKinnon, es el actual Secretario General del Commonwealth.

Cuando subió al poder en 1999, mi gobierno laborista afirmó, en su declaración parlamentaria inaugural, que nos esforzaríamos por mejorar el aprecio de la población por nuestros procesos políticos y la participación en los mismos. De manera paralela a nuestras elecciones, se había realizado una consulta popular que reflejaba el descontento con los parlamentarios: la población votó, de manera aplastante, en favor de reducir en casi 20% el número de parlamentarios.

En 1957, *Richards Topical*, la enciclopedia publicada en Nueva York, incluyó a Nueva Zelanda como la nación mejor gobernada del mundo y modelo que todos los demás países deberían emular. En ese entonces, 25% del padrón electoral estaba integrado por miembros de un partido político, mientras que hoy es sólo 2,5%. Nagel *et al* (1998) informaron que 33% de los votantes confiaban en sus políticos en 1975 y sólo 4% en 1992. Respecto a la eficacia política, en una escala de 6 puntos, en 1963 un total de 39% de los políticos quedaron clasificados en la categoría más alta y ninguno en la categoría más baja. En 1990, 13% quedaron en la categoría más alta y 39% en la más baja. La participación de votantes ha disminuido de 86% en 1984 a 76% en 1990. En 2002, el número de personas que se abstuvieron de votar terminó en segundo lugar después del gobierno.

Esa realidad forma parte del descontento que impera en todo el mundo con los representantes democráticamente elegidos y de la determinación de nuestros colegas que escuchan el sabio consejo que dice: “Vi un problema y pensé que alguien debería hacer algo al respecto; luego me dí cuenta de que *ese alguien soy yo mismo*”.

Los llamados generalizados y bien documentados que instan a mejorar de manera considerable la teoría y la práctica del liderazgo coinciden con un nivel idéntico de exasperación con el rendimiento del liderazgo sobreviviente. Nye *et al*, de la Escuela John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, publicaron en 1997 una serie de artículos dignos de reflexión, bajo el título “Why People Don’t Trust Government” (por

qué la gente no confía en el gobierno). En 2000, sus colegas Putnam *et al* citan una pérdida prácticamente universal de confianza política en las democracias trilaterales. Asimismo, destacan que de los 14 países que estudiaron, 11 presentan una disminución abrupta de la confianza en el parlamento. Disminuciones similares fueron notadas en la confianza en las fuerzas armadas, el poder judicial y la función pública. El número de votantes ha disminuido en 16 de 18 asambleas legislativas nacionales.

Harlan Cleveland, ex miembro del gabinete de Kennedy, nos plantea en su libro publicado en 2002 el mismo concepto polémico que el presentado en 2000 por Sergei Karaganov, principal asesor de Vladimir Putin: la idea de que estamos viviendo en un mundo “sobre el cual nadie tiene el control”. Una economía pequeña como la neozelandesa (cuyo PIB es de \$US 100 mil millones de dólares estadounidenses) es vulnerable a fuerzas internacionales tales como la devaluación de 28% de nuestra moneda respecto al dólar estadounidense en el transcurso de un año. Los enormes problemas mundiales sobre los cuales el poder legislativo local parece quedar impotente están acrecentado el sentimiento de ignominia de los representantes.

En Estados Unidos, por lo general las elecciones presidenciales atraen 50% de los votantes y los estudios señalan que el ganador es continuamente aquél que ha invertido más dinero en su campaña. El resultado de esas elecciones tiene implicaciones cruciales para los 5,75 mil millones de habitantes del planeta que no son ciudadanos estadounidenses y que se merecen algo mejor.

Muchos han intentado mejorar esa situación. En 1996, en el Foro sobre el Estado del Mundo, Vicente Fox – entonces Gobernador de Guadalajara – afirmó con desdén que los gobiernos de todo el mundo o bien no gozan de la confianza de su población o bien son indignos de que se confíe en ellos. Empezó con la intención de hacerlo mejor, seleccionando cuidadosamente una coalición de talentos, pero terminó siendo censurado y denunciado. A mediados de su mandato, “su presidencia ha logrado muy poco” (*The Economist*, 6 de diciembre de 2003, pág. 38).

El carismático internacionalista Andrés Pastrana se presentó como candidato presidencial en Colombia con una campaña en la cual denunció a “los políticos que viven en un mundo de mentiras”. Debemos mantenernos en la senda “con conocimientos de primera e integridad moral impecable”, señaló. Repitiendo lo dicho por el Presidente Fox, afirmó que “debemos seleccionar a nuestra mejor gente”. Existen siete peldaños para ascender a “la promoción del respeto mutuo, la comprensión, el valor y el amor”, afirmó. Duró un mandato en el poder y luego se exiló por voluntad propia en España.

Veamos el caso de Sudáfrica, cuya día nacional se celebra hoy 27 de abril. En su primer boletín parlamentario (Volumen 1, N° 1, 12 de agosto de 1996), el Congreso Nacional Africano, partido gobernante, anunció la promulgación de un código de conducta como vía para asegurar la enorme liberación del *apartheid*. Dicho código buscaba mejorar las actitudes y comportamientos de los parlamentarios sudafricanos. Esa enorme fe parece haberse evaporado. Hoy en día, apenas la mitad de los 7 millones de habitantes con derecho a voto se han registrado para las inminentes elecciones.

Examinemos el caso de Australia. El 14 de septiembre de 1998, en su recomendación para un código de conducta, el Dr. Andrew Brien observó lo siguiente: la confianza pública ha disminuido hasta niveles sin precedentes y sólo los vendedores de automóviles parecen gozar de menos confianza. “Vendedores de automóviles” fue el epíteto que lanzó el Dr. Hans Blix contra los Sres. Bush y Blair sobre la cuestión de Irak.

Otros observadores (tales John Menadue, líder empresarial y funcionario público de larga trayectoria en Australia) denuncian la trivialización de la política y la simplificación exagerada del discurso político en el Reino Unido, los Estados Unidos y Australia. La respuesta a la consulta popular que se realizó para preguntar si Australia debería convertirse en república probablemente fue una negativa porque el jefe de Estado sería elegido por políticos, lo cual añadiría un nivel adicional en el comedero de la corrupción. El número de afiliados del Partido Laborista Australiano ha bajado de 300.000 en 1945 a 19.000 este año.

A pesar de nuestras buenas intenciones, nuestros intentos por mejorar la percepción de nuestra calidad como agentes eficaces pueden quedar cruelmente restringidos. Las revelaciones de Robin Cook, ex Presidente de la Cámara de los Comunes británica, nos afectan a todos. Viene a agregarse al fracaso del plan de John Major de “retornar a los elementos fundamentales” y a las opiniones de los periodistas experimentados de que todos los políticos que entrevistan practican el engaño.

Confrontado a esa complejidad, hice una investigación y elaboré un modesto código de conducta a fin de establecer normas sencillas de comportamiento en la Cámara de Representantes de Nueva Zelandia. Deseo que quienes practican mi profesión sean vistos como modelos que gobiernan sentando el ejemplo, no como quienes gobiernan con rumores, miedo o falsas promesas. Promuevo los principios de la cortesía elemental y la decencia, manteniendo a la vez el toma y daca de la vida política que es vital para cualquier Cámara de vanguardia fértil para el surgimiento y el examen de ideas.

Es un inicio modesto, declaratorio más bien que obligatorio. Los principios rectores son la entrega desinteresada, la integridad, la responsabilidad pública, la honestidad y la capacidad de liderazgo. Nuestro primer paso es mejorar la percepción pública de la Cámara de debates, que es el recinto más público de la Cámara y que, como tal, indica que nuestras acciones simbolizan la integridad.

Empezando con principios sencillos en vez de sentar cátedra moral reconocemos que la mayoría de los miembros de la Cámara trabajan con ahínco y sinceridad. El futuro del sistema parlamentario está en sus manos y ansiamos un documento que esas manos puedan moldear en armonía con la comunidad. Como nos recuerdan las palabras del antiguo filósofo Lao Tse: *de los mejores líderes dicen “lo hicimos nosotros mismos”*